

Littera Tristis



Jaime Reyes G.

1993

N° 5245658

Jaime Reyes Gil

Ediciones de los Nombres

I.S.B.N. 956-54587-02-X

Carta Primera.....	6
Carta Segunda.....	9
Carta Tercera	12
Carta Cuarta	15
Carta Quinta	18

Littera Tristis

“Poetas, vuestra aventura
sin ya decir el río de los ríos
donde ella navegaba desnuda”

Godofredo Iommi M. en “Los Ascensos”

A Eilahtán.

Carta Primera

A una destinación prudente es debida la plenitud de un pueblo. La medida en cuestión no reside en la Tierra, sin embargo, es la Naturaleza quien se da amable por los hombres para reunir sobriamente lo humano y lo divino. En esa reunión, antigua o nueva, se donan gigantes los dones, se reserva abrigado lo reservado y se llevan a cabo con dolor los sacrificios. El temple decidido de una nación, su madurez como tal, exige del don, del sacrificio, y de lo reservado. Esa reservación guarda celosa el secreto de la lengua. Allí residen en paz los nombres que aguardan pacientes subir al claro de los hombres, por ella lo que se destina puede ser liberado del todo y acontecer así en cuanto lo que es como es. Es decir, puede el origen principal permanecer volviendo si el Tiempo ha sido abierto por las nuevas fundaciones, puede la Providencia favorecer lo porvenir si una tradición de belleza se manifiesta en las nuevas construcciones. Pero aquel regreso de un origen o el favor providencial transcurren a través de lo reservado, y lo que de ellos obtengamos será en la medida de dones y sacrificios. Esa medida, residente eterna de la vastedad, rige severamente a todos los hombres, sobremanera a los poetas, pero de un modo en que sólo ellos habrán de velar y desvelar el alma de una nación.

Ellos vivirán, a pesar de todo, poéticamente. Es decir, cualquier pesar, sea que provenga de un don o de un sacrificio, será enaltecido con gracia finalmente en el espíritu poético y entonces será siempre regalo. Sólo la poesía puede mudar lo adverso en favorable, por ello se condenan los poetas en vivir la adversidad inagotable, en lo que extraña, en los reales abismos, para indicar a los hombres un rumbo. Y sobre ellos no puede recaer ningún reconocimiento ni alabanza, no pueden siquiera ser del todo bien comprendidos, pues esa sola instancia corrompería su entrega al dulce y necesario caos de lo primero, de los principios. La alegría de un poeta es otra; es la tristeza. Él es el único que ha de atestiguar como lo anónimo, como iluminarse con la sola luz de las tinieblas. La condición humana es para el más inalcanzable que para ninguno, y al mismo tiempo más urgente. Por eso su tránsito abrupto de sombras veloces que le conducen entre nacimiento y muerte de una vez y a cada instante. Por eso urge su voz cuando ocurre siempre el viento sabio que viaja allende los tiempos; en la Leyenda. Él ama desesperada y bellamente, aún sabiendo que deberá renunciar al amor, al desespere, y a la belleza. Conoce demasiado de los dioses y comprende que no puede decirlo. Por el silencio se canta lo callado y por el canto surge y acontece lo innominado, lo que carece de un nombre. Sólo la lengua abre en verdad al mundo y la poesía es esa instancia. Por eso el poeta es la conversación, el poder oír unos de otros, él ejerce la más inocente de las ocupaciones, él dona y funda lo que permanece, él maneja el más peligroso de los bienes; el lenguaje. Por eso, para que sus sacrificios estén a la altura de sus dones, una otra virtud se antepone; el coraje.

Así, aquí junto, el momento de la libertad acaece. La posibilidad de renegar mansamente de todo ésto y aprender a labrar la tierra como cualquier terrestre, la posibilidad de una vida no menos poética a través de un oficio, tener hijos, y una mujer.

Pero los prófugos habrán de ser, alguna vez, recibidos con fiesta en el seno dispuesto de la tierra única donde nacieron y crecieron. Esa tierra madre que nos reconoce desde lejos el paso y despierta alegre en la eterna juventud de toda memoria, que bendice la fidelidad de sus hijos prodigándoles calma y mansedumbre cuando el invierno hostil arrasa, belleza y eros cuando septiembre funda, sabiduría y prudencia en los otoños de la tristeza y melancolía magnífica cuando el verano tierno rasga e irrumpe. La naturaleza atenta que recoge gentil el gesto del tiempo para cedernos con reverencia el presente y proteger con rigor nuestra estancia en la construcción del mundo. Ella recogerá también nuestros huesos.

La única salvación de un poeta es intentar ser también un hombre.

Entonces, mientras la amplia noche derriba sagaz los póstumos alardes de la atardecida febril y la luz se fuga veloz más allá de los ojos, un respiro hondo de la tierra me advierte, abjura y finalmente pasa, como el amor adolescente, como la vida.

Es cierto, muchas veces uno se obliga a caer en la misma trampa, incluso sin esperanza de encontrar otra cosa que el mismo dolor. La certeza y certidumbre de este método residen en la inminente plenitud preciosa del Dios, por eso los hombres continúan y continuarán, porque la única manera de llegar a ser hombre es semejarse a Dios. Los dioses no se equivocan y al hombre le es indispensable el error, precisamente porque la perfección es divina es que lo humano no está junto a ella. El camino de la humanidad no pasa por ser dioses sino por la severidad conque ellos nos regalan.

Nos condenaremos a la errancia, a la demora. Allí las avenidas celestes, las peligrosas ambrosías, el jardín imposible. Allí el rasgo cegador de la belleza y la plática de las musas. Sobre la muchedumbre gloriosa que, aún sin saberlo, despide nuestra partida incesante, nuestra santa espera. En los sagrados recintos que hospedan al cambio, leve y vigoroso, decisivo.

Tendremos la real fiesta, en pureza los corazones, las heridas hermosas, el deseo florecido. El saludo vasto de los ríos que andan andando de aguas a la tierra, en la marca de la hondura que al mar donan. Los bosques de selva jubilosos de naufragio y aventura, la travesía.

Quedaremos en lo abierto, donde la distancia y la ausencia surgen, haciendo y deshaciendo lo blanco, el ritmo, un destino. Donde el habitar se torna constantemente impropio y nos impulsa

y exige renovarlo, para tener, alguna vez durante un brevísimo instante, algo propio. Como el gran sol cuando sin pompa renueva la faz de los glaciares, quebrándolos en pedazos que se fundirán en las heladas aguas. Como el fiel viento vuelve cada tarde a cantar las leyendas sobre su escultura. Al rigor, virginidad de las arenas.

Nuestros cuerpos y almas serán fuertes, y conseguiremos soportar por más tiempo la plenitud de lo divino.

Carta Segunda

Hay una extrañeza.

Tal lo irreal por eléctrica certeza que se instaura
y se realiza para sí y así sueñan las multitudes
pero tal lo irreal por realeza que viene en la nube
que no se instaura ni se realiza tal inacabable dice
la inminencia

Ella en cierto modo estaba prevenida sus ojos mar diciendo en voz del viento
todos sus náufragos Ahí también en otra más lejana deriva s u c u e r p o
atrapado en mi tiempo el cruce y los roces en favor del sacrificio es entonces por el silencio
por el blanco

así la inocencia

Ella componía desde su oscuro y profundo anhelo originario el estigma del canto el
vacío que resucita al deseo a cada vez realizado en fin lo caro al poeta
mas

sus ojos de pronto convertían al poeta en hombre y la inminencia precisaba su figura
sobre la piel llamando al exacto espacio y al preciso tiempo para que confluyan
sobre una relación una estancia en que el deseo no necesite llegar a realizarse para
que una resurrección ocurra.

¿es ésto posible? ser hombre sin obra sin hijos con sólo palabra Tal vez esto saben
las musas y por ésto al poeta le ha sido prohibido enamorarse de la musa Porque entre ellos no
puede haber ningún acuerdo ninguna conveniencia o condicionamiento
mucho menos podrían verse atravesar sus miradas espiritualmente porque esa mirada responde
y establece amanecidas desnudos decisiones habitaciones con balcones y jardines
tierra que cuidar cultivos de trascendencia y gloria

Un alma extrañada sobre el elogio la complacencia imposible sin ubicación residente
en la nube sólo las palabras serán las musas ninguna otra belleza tendrá

perfección en un alma de vértigos donarse a la plenitud de una lengua será el alma de Mnemosine y el testimonio dado por los hombres

Entonces vendrías en el viento sin nombre alada apenas como el horizonte con la inconsolable inocencia

Ella sola como el mar mudo se derramaba sobre la estancia era el sentido de los ríos y en sus manos se suscitaba el hallazgo

Ella pudo perdonar todas las traiciones las promesas de toda tentación en su paso jamás un amanecer se reflejó fantasma ninguna alegría fijó esperanza en su risa

Desde hoy sabemos que en verdad ella no llegará que lo que ha sido no cesará de venir como lo que no ha sido nunca ni jamás será Así en los reales navegantes el rumbo al caos emerge hiriéndoles los labios como un beso abre la aventura al regalo entre las orillas distantes Precipitados desde un borde se habita la vastedad cara a las estrellas guiados por el mar hacia el mar Nuestro viaje inmóviles está en los ojos la carencia sublime el peligro la lengua que puede dar nombre Sabed que los dioses donarán mundo en la voz sobre estas landas.

¿Acaso no sabíamos? En un fondo mudo de la interioridad, el hombre resguarda una otra actividad que concierne a su condición, el hombre, además de saber, crece, Y eso lo asemeja a los dioses.

No hay excusa para la cobardía y la indecisión, el hombre debe saber que crece, así será su testimonio, su jornada. Así tendrá hijos y tradición.

Sí, nosotros lo sabíamos. Ella nos llevó aventura cuando no se resolvía la partida, nos despojó de comida y sueño. Ella fue a danzar nuestra melancolía, que pintó nuestros rostros una noche, preparó el rito, y en la hora designada por sus signos destrazó su figura blanca entre nuestras identidades. Desde entonces lo sabemos, la severa medida del soy otro, regalada en sagrado a través de todo viaje, en cualquier extremo señalado.

Por ésto, ella jamás sería madre de nuestros hijos, sino el eco retenido durante el estío, el movimiento desértico de las olas que recogidas por sus pies en la orilla, la noche de pasos errantes

entre nuestras propias figuras, en una fiesta lenta del cielo que aparece más claro al vuelo hacia la estrella.

Otro campo, otra estrella, otro tiempo que la vida del número y la cifra. La andanza en que ella permanecía tranquila para dar con su rostro en lo oscuro, como la estación y constelación de los teatros entre escena y escena, única detención que discontinúa el horizonte ocupado en lo evidente. Ella permanecía tranquila y sin esperanza, no hay que perderse en el extravío, decía; podríamos llegar a amarlo. Ella aguardaba sin amor. Aguardaba sin pensamiento, pues no estaba preparada para el pensamiento, tal el alma, tal luz y tal danza.

Para conocer hay que saberse ignorante, para obtener hay que desprenderse. Cuando el agua corre, allá lejos de nuestra vista, el oído puede contarnos si el agua es fría o caliente, turbia o transparente. Lo mismo dicen las piedras del río y las nubes de lo divino.

Carta Tercera

Escribo con la ambición de un oído precioso, único consuelo real de mi labor. Ese suelo dado será como el fuego. ¿Acaso el fuego no redime? Con su don, con la lánguida figura que burla ágil sus contornos, como el bajar y subir el pie durante el paso, como las visiones con los párpados casi cubriendo los ojos. Una figura sola que se presenta desvanecida en la vibración de destellos y sombras, atravesada de humos y aromas. Una figura inefable, cuya proximidad nos suspende, a tientas sobre las pertenencias y los registros, para cedernos la cadencia del ángel, un ritmo cuya dimensión no posee tiempo ni lugar. Consistir en tal tarea era el velamen aquella tarde de nieblas, cuando su ámbito donaba un invisible al invierno.

En el filo de la nube se reducen los gigantes de la tierra, esa frontera que muda sus propios bordes en saltos al abismo, donde aflora la mascarada para desdecirse en las mejillas pudorosas. Una fiesta; ésto era.

Ella perdonaba a los que no saben lo que hacen, y bebió y cenó con los malditos, la gracia de su porte ocupó el horror de su presencia entre los indeseables, soportó la discrepancia y ese anuncio perdió a los hombres en su piel de risas. Pero algunos permanecemos fieles a la sola distracción, a la aventura inconmesurable de saberse otro, desconocido, en medio de la Gentileza. Ella era ese aire gentil más allá de la belleza, ese respiro que alza la voluptuosidad de un presente y así dona la paz a toda estancia, la renuncia al tiempo de las amigas y a los lazos de la familia.

Ella sólo andaba de paso, siempre su alma en la disputa entre ninguna patria y el advenimiento poderoso de los desvíos y los naufragios. Por eso el trance de su tránsito deslumbró a los naturales de una tierra, de una madre, que en ella vieron la posibilidad de conocer, de vivir países lejanos, religiones opuestas, el lujo de las reinas, el esplendor de los seres en otros mundos, la maravilla de otras lenguas. En tal feroz desarraigo se podía vislumbrar el hermoso lazo que nos une a un lugar y que nos corresponde, una invitación precisa a construir la bonanza de un campo abierto. Jamás podríamos existir migratorios, como las golondrinas, si nuestro oficio ha sido desvelado en las mutaciones del país que nos registra y acoge.

Ella proponía la real prudencia, que no pasa por esmerar los cuidados del tacto o del buen gusto, que no es evitar acciones inseguras ni preveer los fracasos, sino el floramiento incondicional de la curiosidad, el aparecer manso de una sabiduría que no se mide ni se evalúa según el juicio, más bien se posa frente a nuestra vista, extendiéndose largos o pequeños momentos. Entonces admirábamos el paseo de los pelícanos en el filo de las olas, su precisión en

el peligro, el sucedimiento de noches consumadas en conversación, el vino y la música. Entonces contemplábamos la luz del sol sobre las cabelleras, las rutas del viento en las arenas, el amor de los cuentos realizándose a pesar nuestro. Entonces ella fue la lluvia de llanto que arrasó los refugios, el terrible augurio de su estigma, la ignorancia de la abertura residente en sus propios cantos que pasaban y pasaban frente a nuestros paralizados brazos. Nada debíamos esperar de sus contactos, mucho menos exigirle permanencia. Esa renuncia es la que enseña a no pretender la perdurabilidad, que toda obra debe construirse por acabar mundo y no por la avaricia de un recuerdo. La gloria nombra a sus elegidos en los círculos de un sagrado silencio.

Es la condenación. Hemos faltado también en las cosas que no son del juicio, donde nuestro castigo consistirá sólo en la memoria, no en la libertad ni en el cuerpo. La memoria no cesará ya de saber ese nombre, y eso quiere decir abierta, desde ella, toda nominación. Se ha adquirido una condición de humanidad, se pertenece a una especie dentro de la especie. Esto es la identidad, que se consigue sólo cuando el alma se abisma en otra alma más pura, más inacabable. Cuando ello ocurre es indetenible una nueva forma de nombrar, porque esa otra alma es maravilla si fue intervenida por los dioses. Así es afectada Mnemosine, así la imperdonable huella que yace en nuestro camino, porque desde ahí con otro paso andaremos, cada cual otro.

Pero ¿cuál nombre? quién ella. Algunos sabemos con mediana exactitud de qué se trata un nombre, y ya hemos crecido bajo su espanto. Estamos preparados a lo extremo. Ella nos cantaba mar adentro mientras nosotros andábamos la orilla, ella desde la preciosidad del caos agitaba apenas. La tristeza era indispensable para saludarla.

Ella alejó al tiempo, y quedamos en el vuelo quebrado, anhelante. Tal vez vivimos en ese lugar que no es, donde ella danzaba realmente. Una realidad que aparece pero no está, una realidad que no es en el tiempo, que no puede ser proyectada como futuro, que no podrá recordarse, pero que nos ilumina y nos conduce, que vamos hacia ella enceguecidos por su sed, que nos hará cenizas. Amaremos a la mariposa.

Ella, que comparecía como tal, allí donde el otro es, siempre oía, siempre. Cualquiera pudo acercarse y decirse. Debimos renegar del éxtasis, de la embriaguez, ante su oído debimos quedar impropios, esto es extraviar incluso el nombre, los órdenes aseguradores, las drogas, todos los bienes. Así su oído revertía los opuestos y transformaba el juego de las semejanzas. Se escindieron los contenidos de nuestra propia voz y asumimos la carencia. Hubo un alba alcanzada por el infierno y aún así brotaron de ella los cometidos del arte y se esparció una paz entre oficios y oficiantes.

La pura disponibilidad de esa vida de mujer salvó el drama de nuestra enajenación. El agradecer será el intento y su nobleza.

Carta Cuarta

El azar proviene de la plenitud que fluye en la levedad de un giro en los trances del abismo, la vuelta de llave que abre y cierra un campo, un giro que confirma el camino que no es el camino. Tal dimensión de las posibilidades, para acontecernos, requiere de nosotros estar preparados.

Tal vez sea buena una detención así. Somos seres con destrezas y danzas, con posición y palabra. Así nos regalan el espíritu y la vida con sus fuerzas, pero todo esto no basta para acceder al hacerse del mundo, es menester construir; construir lo que nos cabe en la creación de un mundo.

Eso nos indica a través de oscuridades, se nos hacen señas como ecos desde allá, en la premura virgen de la Abertura, sobre las naves de nube, el ego-tiempo de los ángeles.

A hacer la diferencia. Tal vez deba sacrificarse la escritura, que ella no necesite acontecer la poesía. Esto quiere decir la conversación, el poder oír unos de otros, y es también el silencio, el retiro.

No escribir es por consagrarse al decir, aún cuando el habla no vaya con un oído que la acompañe. El trance, sólo así lo que se calla puede surgir y hacerse en algún canto, ser canto. Lo callado es siempre hecho por todos y no por uno. Tal el rey en la palabra, aquel que la realiza en el tránsito de los hombres, entre los pueblos, en la Leyenda.

¿Las cartas? acaso la reunión de lo callado y del decir, el paso, en un silencio extraño, una instancia breve que acumula viento en la memoria, graba un cuerpo donde, mucho después, vibrará una voz. El paso con ritmo de ola, no por el rumor ni la constancia, sino por la ondulación, el movimiento de onda convocado desde la separación de la tierra y las aguas.

Una carta evoca una voz, pero no la establece, la mantiene suspendida en un aquí y ahora inalcanzables, la conduce en una melancolía insospechada que se resolverá sin conciencia, sin razón, siempre inminente, como una realidad sin una dimensión particular. Eso que una carta siempre resta es el orden asegurador de cronologías, de cifras en tiempo. Sucede que el envío de una carta es siempre todo gratuidad, es decir, mero presente, no puede ser colocada a la expectación de un modo de lectura, no puede ser totalmente retenida como recuerdo. Por ello una carta es siempre un hallazgo, para quien la envía como para quien la recibe. Ella no induce

respuesta, no desea correspondencia o continuidad, es la abertura de una otra posibilidad, es la aparición real del campo de la novedad. Produce la espontánea curiosidad - el cerrado sobre - pero de un modo en que esa admiración no se traducirá en conocimiento, no puede ser sólo información. Su contemplación se hará desde la perspectiva de una actividad que los hombres realizan por divina naturaleza; el crecimiento. Una carta permanecerá ni en el pasado ni en el futuro, sino más bien en el vértigo inconsolable de las almas que crecen, aquel abismo interpelado por los divinos deberes. Allí, en la santidad de un jardín mudo de la interioridad, que nadie en verdad conoce.

Sí, es cierto que un desconocido es provocado a florecer cuando se hace una carta. Quien la envía quedará a enfrentarse con la libertad de quien la recibe, y viceversa. Ambos serán requeridos por el entendimiento, por la memoria y el juicio, y si nada de esto les alcanza para oír, entonces habrá ocurrido la hermosa gravedad del acogimiento, pues habrán reservado lo expuesto en un oscuro lugar y momento de sus vidas.

Así la creatividad de esos que van -como tú y tu hermano- por el frondoso parque, hablando y hablando, como si la palabra los llevara más allá de sí mismos y precisamente esa lejanía les devolviera hacia una identidad única e irrenunciable. Tal vez ese ir hablando quiera ser lo inolvidable, no la temática ni el sentido, no los motivos ni las palabras, sino el irse mismo de la vida a través de un tiempo solo, inubicable por los recuerdos, ajenos a las estaciones y al nombre de los árboles que obsequian el cobijo de su sombra. Tan sólo el paseo, inmaterial, musicado. Haber crecido un poco, en verdad, a traer a la muerte.

Hombres y dioses poseen idéntica naturaleza, ambos proceden de una sola profundidad y se deben al mismo inacabable misterio, pero los hombres mueren, tienen en ellos a la muerte, y esa diferencia es la sed de una perfección, el reclamo inagotable de la ofrenda y el sacrificio, más allá del deseo y la voluntad. Por ello los dioses no pueden consentir el coraje, porque nada temen, porque no pueden enfrentarse a algo, no conocen un enfrentamiento. No se trata -en los hombres- de enfrentar la mortalidad, debemos aprender de lo divino. Más bien requerimos reconocerla para que ella esplenda, para que su presencia surja de la libertad y no de un predestinamiento.

El amor entonces es una lentitud, una real pausa configurada en trance, un pasar impropio bajo el lucimiento de los océanos inmensos, desgarrador y melancólico, pero siempre certero de su espantoso rumbo.

No os detengáis, pues, hermosos. Que vuestra andada logre confundirse con el ramaje que baja a bendecir la limpidez de las fuentes, esas que evocan el torrente cegador emanado de la

hondura, allá, en los dominios del caos principal. Vosotros tendréis el hueco, el hueco apenas, hospedaje de la calma nocturna que apacigua la vibración del lugar y su fórmula. Vuestros cuerpos reposarán tras los vientos tibios que reducen el estruendo de las nubes cargadas con antiguos cuentos de magníficas eras y gloriosas naciones. Basta saber el paso que no cuenta, desde éste arribad a los bordos de vuestras fuerzas para reconocer la estima del peligro que siempre os aguarda en el íntimo filo de ojos mudos, un destello implacable de oscuridad se abalanzará sobre los prados, tal vez así la sombra húmeda de los himnos pudorosos que recorren toda berma, todo vacío de los caminos.

Si tan sólo pudiera acompañaros un instante, ah, sobre los carruajes y las arboledas, yo sería el que os roza los oídos, imperceptible, como los nidos de nieve y fuego, como las árticas flores. Sí, y el rubor de mi aliento vertido entre los gestos que un homenaje rinden, como sacrificio y obra, como el gasto en polvo de las piedras. Yo sería los túneles de viento que conducen el vuelo de la mariposa hacia la estrella, yo la sed que os provoca la navegación de nubes hacia los ecos celestiales, hacia las rocas nombradas en los horizontes predilectos de un equilibrio dado en fundaciones nuevas, en virtud de aquel coraje que nos dignifica y atestigua.

Jamás olvidéis la severidad de vuestra nueva hora.

Carta Quinta

He tenido hasta ahora, mucha humildad adeudo. Acepto la severidad de mi condena y la considero justa.

Sólo la severidad de una nueva hora redime, el dolor de una empresa desconocida, la sed de esa maravilla. Así es, somos como la mariposa.

Tal vez así se escribe, es parte de una herencia. La hemos aceptado desde donde viene, sin reparos, tal como ella se presenta. Entrar en la falla que otros poetas han abierto a los de ahora. Habitar la impropiedad con la constancia y consistencia que el destino indique, nada puede preguntarse, acaso sea posible que el poeta sepa que lo es. Procedamos.

Cuanto antes en la labor de nuestro tiempo. La forma será desvelada más tarde. La labor de la palabra. Aquí en América es ir a través de sus mares, la diferencia aquí son los mares, que cobran de la palabra su íntima extrañeza, la posibilidad de la errancia inacabable. Siempre a tientas, como la noche, en los caminos que no son. LLevados por lo oscuro hacia lo oscuro. Las sirenas incluso compadecen y bendicen nuestra espera.

Allá, durante la tarde, ¿visteis a los lobos? como reinan en su isla de olas, siempre amenazados por su existencia de orillas. Sí, allá en esos bordes ¿visteis el vuelo de los pelícanos? en el filo asesino de la playa, siempre enfilados por ese resplandor térmico de la ola . Allá sucede también la roca de horizontes líquidos, donde las fisuras acogen siempre la máxima tensión que se produce en nuestros íntimos extremos, danzan en su piel las mareas y aprestan a la amistad con el color de la muerte. Más que marinos, nautas.

No divisareis ruinas, marcas, ni direcciones, sobre estos bordos el rumbo nos es signado, en ello el velo de una extrañeza que se extiende sobre lo que decimos y hacemos. La niebla siempre sobre lo que se disipa de pronto, nos invita a aparecer otros, en alguna otra parte insólita, renovada, desconocida. Por eso la tiniebla se embellece en el eco de los cordajes, ah, esa, la extraña melodía. Estoy cierto que la oíamos apenas, en los limes de nuestra marcha hacia la locura, en la desolación, cuando ya toda referencia se había extraviado y nos dirigíamos sin remedio hacia otro más lejano y terrible horizonte. Esa útil y extraña melodía nos salvaba, era nuestro consuelo, nuestra soberana y preciosa tristeza.

No cesará jamás el rigor espantoso del alba, allá no olvidarán nada ni podrán beber a la salud del futuro. Allá, mientras me acompañabais en pasos de risa ¿visteis la alegría entre el vértigo? Solos, lejos, hemos perdido estrellas, sin ruido. Volver a amar pasa por desprenderse del olvido y la belleza. Perder una estrella significa en verdad suspenderla, hacia lo alto, sobre nuestra ruta, hacerla firmamento de infinito y arrojarse, embriagados tras su santa luz.

El olvido no existe. Sólo la información es algo que se olvida, pero jamás el real crecimiento y sus signos, éstos serán acogidos en eternidad a la memoria.

Los obstáculos no se esquivan ni se destruyen, sino se incorporan a los movimientos y detenciones de la andada, al ritmo en calma y oscuro, comprender que los obstáculos son las herramientas para construir la realidad de nuestra carrera. Esto es el consentimiento a perder lo que más amamos, sin edades o eras, simplemente. Difícil es lo que se nos asigna, por eso las gentes prefieren la nostalgia; lloran por lo que perdieron para siempre, y prefieren la esperanza; llorarán si no se realiza lo que deseaban. Sin embargo, en el mundo nada se pierde, todo se disipa y se transforma, y nada se crea en sí mismo, todo se junta y se separa constantemente. Pasado y futuro ni se pierden ni se crean, ambos son inalcanzables. Este giro radical es la melancolía, y se lleva la vida por delante.

En los mares de América ella es el terrible regalo que nos acompaña ahora y aquí, ella la melodía en bajos, continua, incurable. Por ella el trance de la vida se ajusta con la muerte y los rumbos se embellecen con la tiniebla. Un presente hecho de irse, de irse hacia la suerte en abandono a la deriva. Como la lejanía es el sonido de una campana que nos viene con este canto. Algunos oímos ese venir de la muerte, delirada, tardía, divina, y vamos luego errantes, nosotros asumimos la maravilla desde los errores, acogimos la posibilidad de toda posibilidad. Decir toda es decir cualquiera, y eso significa que ya no pueda uno perderse lo imposible.

Ella me contó, una tibia y larga noche, su historia, y recogió para el cuento aquellos hitos luminosos, aquellas fosas tenebrosas, y los dijo como cualquiera viene y cuenta su vida, sin embargo, una profunda diferencia se cernía ante su relato; la melancolía. Por ella supe que lo extraordinario se muestra a aquellos que lo buscan en lo ordinario, que la fiesta no es caminar por donde nadie antes ha caminado, sino aprender a caminar con otros pies. Durante esa extensión nocturna bebimos, pude ver a su través más allá de lo evidente, no por la transparencia de su realidad ni por el vacío de sus desapariciones, más bien porque el mar era como sus ojos y un fulgor incesante, como un viento, ensombrecía su risa. Aquella noche se inició otra plática, contornos y fronteras, como siempre, se hicieron de nuevo, laberintos y los órdenes giraron, la razón al baile. Ya no éramos nosotros quienes conversaban, en verdad hablamos y oímos otros.

Es hora entonces de salir. Ya te había hablado de este viaje breve que emprendo en los siguientes días. De seguro la soledad del norte me espera con paz y certidumbre, allí el invierno es un poco más manso y la obra ya no puede esperar más por mis cuidados.

Sólo quisiera pedirte que reúnas estas últimas cartas y las envíes a tu madre, que afectuosamente ha pedido noticias mías. He pensado que este envío podría llevar un nombre, y urgando en unos documentos ya algo antiguos que aparecieron en un orden breve hecho a mi biblioteca, surgió una noticia que me parece adecuada para esta ocasión.

Salud

Jaime

otoñodemilnovecientosnoventaitrés

En la antigua Roma los jueces usaban dos letras para comunicar sus sentencias a los acusados; La A que absolvía (absolvo), llamada la littera salutaris y la C que condenaba (condemno), más conocida como littera tristic.